

Propósito

Hacer cada día unos minutos de oración para ponderar en mi corazón en qué puedo yo ayudar a alguien ese día.

Oración

Bienaventurado José, maestro de oración, haz que yo descubra a Dios cerca de mí, y la alegría que le doy cuando me dirijo a Él. Ayúdame a comprender en la contrariedad que Dios me espera para enriquecer mi vida interior, para olvidarme de mí y darme a los demás. Así sea.

Jesús, José y María,
os doy el corazón y el alma mía.
Jesús, José y María,
asistidme en mi última agonía.
Jesús, José y María,
descanse en paz con vosotros
el alma mía.

Tercer Dolor y Gozo

Cumplidor obediente de la Ley de Dios, glorioso San José. La vista de la sangre preciosa que el Redentor Niño derramó en la circuncisión traspasó de dolor tu corazón; pero el nombre de Jesús que se le impuso te llenó de consuelo.

Por este dolor y gozo, alcánzanos que, después de luchar en nuestra vida contra la esclavitud de los vicios, tengamos la dicha de morir con el santo nombre de Jesús en los labios y en el corazón.

(Padrenuestro, Avemaría y Gloria.)

«¡Que no le hagan daño! -piensa José-, que para mí es más que un hijo». Pero hay que cumplir con la Ley, porque así lo dispuso Dios para que Jesús formase parte del pueblo escogido. Y el Niño llora.

Si no hubiera habido pecado, los hombres no sufriríamos. Al principio, recién creados, los hombres eran buenos, pero ellos se alejaron de Dios y se hicieron daño, a sí mismos y a los demás. Pasados los siglos, Dios hizo una Alianza para que los hombres, viviendo según los Mandamientos, fueran buenos. Y esa alianza se selló con sangre.

El mundo llora, ¿y por qué llora? A veces cumplir los mandatos del Señor supone sacrificio, pero siempre es mayor el sufrimiento por no seguirlos. ¡Cuándo aprenderemos definitivamente que la Ley de Dios es camino de libertad, de felicidad, de amor!

El nombre indica su misión en esta tierra: Jesús, el Salvador. Pero este Niño no va a quitar los males que aquejan a la humanidad, porque mientras haya pecados, el sufrimiento podrá servir de purificación y de corredención.

La sangre de la circuncisión evoca el precio de nuestro rescate. La sangre de la nueva Alianza ofrecida en la Cruz perdona los pecados y nos da la vida sobrenatural. Ahora sabemos, aunque nos cueste entenderlo, que detrás de nuestro sacrificio hecho por amor está la santidad.

Le han puesto por nombre Jesús, que significa «Dios salva». Toda su vida será camino salvador, y especialmente en la Cruz y la Resurrección se abrirán las compuertas de las aguas de la salvación. ¡Qué alegría saber que, unidos a Cristo en los Sacramentos y en la Cruz de cada día, toda nuestra vida tiene sentido redentor!

Reflexión

-¿Veo en los Mandamientos precisamente el orden adecuado para amar a Dios y a los demás; o, por el contrario,

me parece que limitan mis caprichos?

-¿Sé que en el sacrificio se demuestra el amor y, en él, el amor se hace más puro?

-¿Noto en mi vida la pobreza, la castidad, el orden, la comprensión, la obediencia?

¿Comprendo que si no costara una virtud podría ser señal de que no se vive?

-¿Entiendo que, aunque no tenga que llegar al derramamiento de sangre, también a mí se me pide ser mártir, es decir, amar dando lo que más cuesta?

-¿Comprendo que con mi vida de sacrificio tengo que completar -actualizar hoy- lo que falta a la Pasión de Cristo? ¿Estoy dispuesto a redimir con Él?

Propósito

Vivir estos días alguna mortificación, quizá la puntualidad en algún detalle que habitualmente me cuesta.

Oración

Señor Dios, que concediste al bienaventurado José participar de la salvación a través del cumplimiento puntual de sus obligaciones, haz que yo comprenda que la mortificación es un medio de amar y de reparar los pecados. Dame la fuerza para vivir como Tú deseas que viva. Así sea.

Jesús, José y María...

Dolores y Gozos de San José - Jesús Martínez García



el que busca
encuentra.com
portal católico

TO-004A

Dolores y Gozos de San José



(Del Primero al Tercero)

Al comienzo de cada uno de los siete Dolores y Gozos ponemos el ejercicio tradicional del venerable P. Jenaro Sarnelli (+1744), discípulo de san Alfonso María, quien inició esta piadosa devoción a San José, a la que los Papas Gregorio XVI y Pío IX enriquecieron con diversas indulgencias. Para lucrar la Indulgencia plenaria basta rezar esas oraciones con un Padrenuestro, Avemaría y Gloria al final de cada una de ellas, los siete domingos anteriores a la fiesta de San José -o en cualquier otro tiempo-, cumpliendo las demás condiciones acostumbradas. Ofrecemos también otras consideraciones que pueden ayudar en la contemplación de estas escenas.

Primer Dolor y Gozo

Castísimo Esposo de María, glorioso San José. Así como fue terrible el dolor y la angustia de tu corazón cuando creíste que debías separarte de tu Inmaculada Esposa, experimentaste después un vivo gozo cuando el Ángel te reveló el misterio de la Encarnación.

Por este dolor y gozo, te suplicamos te dignes consolar nuestras almas ahora y en nuestros últimos momentos; alcánzanos la gracia de llevar una vida santa y tener una muerte semejante a la tuya, en compañía de Jesús y de María.

(Padrenuestro, Avemaría y Gloria.)

José se sabía verdaderamente afortunado por haber encontrado a María, una mujer que pensaba como él y tenía a Dios como valor más importante de su vida. Reconoce y agradece los designios de la Providencia Divina.

En medio de su deseo por agradar a Dios y amar a su esposa, observa con sorpresa que María espera un niño. ¿Qué significa aquello? María era una mujer muy especial y en ese momento sospecha que algo grande ha debido suceder; un misterio divino como tantos otros que recoge la Biblia.

José piensa que tiene que desaparecer de la escena y dejar que Dios haga como desee. Pero sufre, sufre muchísimo porque eso supone dejar a quien más quiere en el mundo.

En ocasiones no se entiende lo que sucede. ¿Qué hacer entonces? Mirar a Dios y esperar. Dios es fiel; quien se apoya en Él no quedará defraudado.

Cuando se consideran las cosas en la presencia de Dios se pueden ver como Dios las ve. A José se le hace entender que María ha concebido virginalmente y no sólo no debe abandonarla, sino que, siendo su esposo, el Salvador nacerá en el seno de una familia, de la cual él será el padre, pues debe poner el nombre al Niño.

Gozo inmenso al conocer su misión: cuidar al Mesías prometido. Se le pide - ¡nada menos!- no separarse de Jesús ni de María. El dolor ha dado paso a la ale-

gría desbordante y se va corriendo a contar a su esposa lo que acaba de descubrir: su vocación.

Antes José se sentía afortunado, pero al comprender los planes divinos siente una alegría mayor. José mira con inmenso cariño a María y agradece a Dios haberle escogido a él para contemplar y participar en tales sucesos divinos.

Reflexión

-¿Comprendo que Dios tiene unos planes para mí y que yo debo conocerlos?

-¿Entiendo que Dios llama a todos a la santidad, que toda vida es respuesta y que toda mi vida debe ser una respuesta afirmativa a Dios?

-¿Me doy cuenta de que la vocación nunca puede suponer un fastidio, porque es lo que da sentido sobrenatural y eterno a nuestro paso por la tierra?

-¿Se que todos los santos han tenido que pasar por la oscuridad, la prueba, la renuncia a los planes personales, pero que, precisamente por su abandono total en Dios, Él les ha dado la luz, la alegría y la paz que el mundo no puede dar?

-¿Hay algo más grande en el mundo que servir a Dios? ¿Rezo por las vocaciones sacerdotales? ¿Qué me pide Dios a mí ahora ?

Propósito

Pedir estos días por las vocaciones, especialmente por la mía propia.

Oración

San José, patrono de las vocaciones en la Iglesia, ayúdame a descubrir lo que Dios espera de mí, a ser fiel todos los días de mi vida hasta la muerte, especialmente en las pequeñas llamadas que Dios me hace a lo largo del día, y a entender la importancia de servir con generosidad a los planes de Dios. Así sea.

Jesús, José y María,
os doy el corazón y el alma mía.

Jesús, José y María,
asistidme en mi última agonía.

Jesús, José y María,
descanse en paz con vosotros
el alma mía.

Segundo Dolor y Gozo

Bienaventurado Patriarca san José, que fuiste elegido para hacer las veces de padre del Hijo de Dios hecho hombre. El dolor que sentiste al ver nacer al Niño en tanta pobreza, se trocó pronto en un gozo celestial cuando oíste los armoniosos conciertos de los Angeles, y fuiste testigo de los acontecimientos de aquella luminosa noche.

Por este dolor y gozo, te suplicamos nos alcances que, al término de nuestra vida, oigamos las alabanzas de los Angeles y gocemos del resplandor de la gloria celestial.

(Padrenuestro, Avemaría y Gloria.)

José va con su esposa a empadronarse a Belén, porque ambos descienden de la casa de David. Después de varios días de camino, por fin llegaron. Estando allí, a María se le cumplieron los días de dar a luz (Lc 2, 6). Las casas estaban llenas, la posada también, no quedaba libre ni un rincón para que el Niño pudiera nacer.

La pena de no poder dar al Mesías lo mejor ensombrece el rostro de José. María le saca de sus pensamientos. Desde encima de la mula le dice con su mirada: «No te preocupes; ya nos arreglaremos». Y a las afueras del pueblo se van, a una cueva.

A veces Dios permite que suframos y pasemos necesidad porque ése es el clima propicio para que Él pueda nacer en nuestro corazón. Cuando sienta en mi vida la pobreza o la soledad, diré: «Señor, yo sí te quiero recibir; cuenta conmigo».

Cuando nace un niño se olvidan los sufrimientos porque ahí delante, sonriendo, está ese don del cielo que es la vida humana. José, además, tiene delante de sí al Hijo de Dios. Siente la alegría de tener a Dios cerca, muy cerca.

Van llegando unos pastores que, por indicación de Angeles, quieren ver al Salvador. Y se organiza la fiesta con panderetas y zambombas porque también ellos han encontrado al Niño Dios. El canto de miles de coros Angélicos envuelve las voces de los pastores, manifestando que es fiesta en el Cielo y en la tierra.

María conservaba todas estas cosas ponderandolas en su corazón (Lc 2, 19). José también las pondera y nos enseña que la oración consiste en esto, en contemplar a Dios y ver nuestra vida a la luz de la vida de Jesús. Entonces, el corazón se enciende y rompe a cantar de alegría.

Reflexión

-¿Advierto que Dios permite el mal en el mundo -las injusticias, el desprecio, la humillación- porque respeta la libertad humana, pero que de todo podemos sacar bienes sobrenaturales?

-¿Sé reconocer el mal que hago a los demás -y sobre todo el mal que hago al pecar- al comprobar el daño que me hacen otros?

-¿Procuró alegrar la vida de los que me rodean o me encierro en mis problemas personales? ¿Sé que la puerta de la felicidad se abre siempre hacia afuera -dándome-, nunca hacia dentro?

-¿Comprendo que a veces cuesta sonreír, pero puede ser lo que alguien espera de mí? -¿Me doy cuenta de que lo que más necesitan los demás es que les hable de Dios?